

ISSN: 2172-9077

NACIONALISMO Y GENOCIDIO. A PROPÓSITO DE ARARAT DE ATOM EGOYAN

Rubén FIGAREDO
rubenfigaredo@hotmail.com

BIBLID [(2172-9077)1,2010,294-316]

Fecha de aceptación definitiva: 31/12/2010

“La tragedia es un prolongado grito ante una tumba mal cerrada”, Paul Claudel

El uso y abuso del concepto de legítima defensa es un agujero negro por el que se vierte a raudales la inquina mutua, los ajustes de cuentas y las aberraciones morales más crueles de la especie humana. Víctimas y victimarios intercambian sus papeles en un baile macabro de moralidades flexibles y varas de medir variables, según el momento socio-político, las alianzas intergubernamentales del momento o el mayor o menor poder de cada una de las partes. La práctica del exterminio no es, en ninguna medida, una novedad del siglo XX, en el que por el afán de industrializar, se llega hasta la mecanización de la crueldad. Ya desde los anales bíblicos veterotestamentarios en los que Gedeón, curiosamente, campeón del pueblo de Israel, terminaba con los amalacitas y medianitas en nombre de Jehová, la eliminación total de cualquier enemigo por lo que es en lugar de por lo que ha hecho, ha llenado de sangre inocente y anónima las crónicas y los libros de historia. Por abundar en algún caso, en la guerra de Troya, los secuaces de Agamenón sojuzgaron a toda la población de la ciudad de Príamo, y el monarca asirio Sennajerib liquidó a todos los habitantes de Babilonia en el lejano 689 a.C. Tampoco en la democrática y esclavista Grecia, dicen que madre de nuestro sistema parlamentario, pudieron evitar que Delos fuera liberada del bullicio de sus habitantes en el 416 a.C., por su renuencia a la hora de apoyar a Atenas en la Guerra del Peloponeso, y eso en el que se ha conocido con el rimbombante y vacío nombre de “siglo de Pericles” paradigma elegido por muchos indocumentados como lejana e indemostrable arcadia, en la que florecieron arte y derecho, como una edad de oro que nosotros, estúpidos contemporáneos no conseguimos ni atisbar. Tampoco el Magno Alejandro se libró de su capítulo sangriento, cuando ordenó a una porción determinada y especializada de sus tropas la destrucción total de ciudades, bienes y habitantes de las poblaciones más rebeldes que se resistieron a su triunfal cabalgata persa.

Sin embargo, si hay un episodio que ejemplifica aquello tan manido de que la historia se repite es la traca final de las Guerras Púnicas, un trasunto con más similitudes de las que parece de nuestras dos guerras mundiales, que se cerró

en el 146 antes de Cristo con la destrucción de Cartago, planificada hasta el último detalle, que costó la vida a la mayoría de la población, terminando esclavizados los escasos supervivientes. Por no hacer prolija, ni tampoco incompleta este resumen de la “historia universal de la infamia” deberíamos recordar el terror mongol que asoló en el siglo XIII a los iraníes, la persecución de los cristianos en Japón entre los siglos XVI y XVII, las matanzas de judíos en Córdoba en 1473, la masacre perpetrada por las armas españolas y sus virus entre los nativos de América (que sin embargo contó con infatigables aliados autóctonos, no conviene olvidar que la ciudad de Tenochtitlán fue arrasada por los toltecas, enemigos acérrimos de los aztecas y no por las huestes de Cortes que si masacraron a los guerreros varones en la “noche triste”). Tampoco podemos pasar por alto la eliminación selectiva de ciertas etnias de la América del Norte a manos de los colonizadores británicos, o las muy cinematográficas matanzas de indios por parte del hombre blanco en su salvaje expolio de las tierras del oeste americano.

Sin embargo, no sería hasta el año 1944 cuando la barbarie planificada fuera bautizada con el nombre de genocidio. Ese año Winston Churchill aludió a los horrores del nazismo como “crímenes sin nombre”, esto provocó la respuesta del jurista Raphael Lemkin, un judío estadounidense de origen polaco que propuso la expresión de genocidio para definir a un crimen masivo que condena a un pueblo entero en virtud de sus condiciones religiosas y étnicas. Para Chalk y Jonassohn “el genocidio es un tipo de masacre de masa unilateral con la que un Estado u otra autoridad tiene la intención de destruir a un grupo al que el mismo perpetrador ha definido”.¹ La definición de Lemkin englobaba a la mayoría de las víctimas del nazismo, dejando fuera a los que fueron aniquilados por oponerse al régimen de Hitler, los propios disidentes alemanes y de otros países ocupados, o los republicanos españoles. Es esta una de las constantes invariables del genocidio, la calificación, discriminación y clasificación de las víctimas por personas ajenas que se sienten autorizadas a evaluar el grado de violencia y dolor sufrido por unos y otros. Decía Platón que

¹ Bruneteau, Bernard. *El siglo de los genocidios. Violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*. Alianza, Barcelona, 2004. P.24.

“no se puede comparar a dos pueblos desgraciados, y decir que uno es más feliz que el otro”, siguiendo este mecanismo, quienes estudian y atemperan el fenómeno acaban siendo de alguna manera verdugos, igual que quienes en el campo decidían el mayor o menor sufrimiento de los asesinados en virtud de su origen, mientras que los judíos, gitanos o disidentes solían acabar en la cámara de gas camuflada como ducha, los prisioneros del ejército soviético eran ahorcados masivamente. La definición de genocidio también dejaba fuera a las víctimas de una radicalización del pensamiento darwinista, que fueron excluidos o simplemente eliminados dentro de políticas eugenésicas, que en los inicios del nazismo terminaron con miles de deficientes, locos o inválidos, o los que, sin llegar a la eliminación fueron conminados a abandonar sus tierras como fue el caso de los tasmanos, o además les fueron arrebatados sus hijos para que accedieran a un ambiente social más evolucionado, en el caso de los aborígenes australianos. Cuando uno analiza la barbarie, asiste en todos los casos a un proceso en el que un poder despótico, totalitario o no, va avanzando en sus atropellos y abusos contra un grupo concreto. La abstención, social, judicial o política, contra estas acciones, y el silencio cómplice de la población no afectada directamente, las va convirtiendo paulatinamente en algo normal, en virtud del relativismo egoísta de pensar que las cosas son así y que nada podemos hacer para evitarlo. Así avanzó el horror en sociedades civiles como la alemana o la austriaca que contemplaban sin inmutarse los horrores de la “solución final”, que, como su nombre indica, fue el colofón de un proceso de iniquidad que el pueblo permitió con su pasividad. Sólo es preciso ver un mapa con los campos de reclusión y exterminio que había en Alemania y Austria para darse cuenta que tal cantidad de puntos eran imposibles de escamotear a los ojos de sus pacíficos habitantes. El horror engendra horror, como una maligna cadena trófica que va devorando la moralidad colectiva. El genocidio armenio fue posible gracias a la impunidad de las masacres de Abdul-Hamid entre 1894 y 1897, conocido como “el sultán rojo” por haber acabado con la vida de trescientos mil armenios.



El genocidio hitleriano tampoco hubiera sido posible sin el genocidio armenio, y sin las masacres de los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, en la que se llegaron a cifras que estremecen, como las de las víctimas del primer día de la batalla del Somme, el 1 de julio de 1916, donde murieron 20.000 británicos y otros 40.000 fueron heridos. En estas condiciones, la muerte violenta se convertía en un hecho cotidiano en el que lo normal era que los cadáveres no fueran sepultados, abonado los campos de una Europa que parecía abandonar su humanidad paulatinamente sin que lo impidieran siglos de cristianización, cuyo leve barniz moral saltaría en pedazos ante la posibilidad de retornar a nuestra condición de mamíferos territoriales, depredadores o depredados. La tentación de cualquier poder omnímodo, sea este político o religioso, es la de rediseñar y reconstruir la sociedad siguiendo un plan determinado, para conseguir la utopía de despojar a la colectividad humana de cualquier conflictividad y reducirla a la obediencia. Al no conseguir este objetivo sólo resta extirpar a los elementos conflictivos o apartarlos de una posible gloria ultra-terrena como castigo a su rebeldía o falta de compromiso.

La apropiación del genocidio

La documentación, difusión y toma de conciencia pública de un drama histórico no significa en modo alguno que este no pueda repetirse en cualquier momento. De hecho, una de las contestaciones habituales de Hitler cuando sus

generales le expresaban cualquier duda acerca de la “solución final”, que exterminó a los judíos y a otros enemigos del nacional-socialismo dentro del territorio controlado por el III Reich, era decirles que ya nadie recordaba el genocidio armenio. La mala memoria se alía con los intereses de los poderosos y este cóctel sólo puede producir más ignominia para el género humano. Mark Edelman, uno de los últimos supervivientes de la insurrección del ghetto de Varsovia, declaró que la guerra en Bosnia era la victoria póstuma de Hitler. Edelman simplemente constató el hecho de que más de cincuenta años después “todo es posible”: una guerra total, una guerra racial, una guerra de conquista, una guerra contra la cultura que ha retornado sobre el Viejo Continente y este le ha dado carta blanca. La verdad no ha salido de la boca de ningún europeo, es el Secretario de Estado de Estados Unidos quien declara en su debut ante los medios de comunicación que “El caso es una tragedia humana más que una confrontación entre los Estados Unidos y Rusia, y por ello no afecta a nuestros intereses nacionales vitales.”² Tampoco es preciso acudir como siempre al recurso fácil de echarle en cara al amigo americano sus abrazos mortíferos, el 16 de marzo de 2006, en el corazón de una país miembro de la Unión Europea, Letonia, se produjo un desfile conmemorativo de antiguos legionarios de las SS Waffen, unas unidades que llegaron a reunir a 150.000 letones que participaron a lado de los nazis en el frente oriental. A pesar de su gravedad este no es, por desgracia, ningún hecho aislado, en enero de 2005 el gobierno letón publicó una obra titulada Historia de la Letonia: siglo XX, un libro impreso con el apoyo financiero de la embajada de los Estados Unidos. En él se puede leer que el campo de Salaspils, donde los nazis realizaron experimentos médicos con niños y 90.000 personas fueron asesinadas, no era más que un «campo de trabajo correctivo» y que los Waffen SS eran héroes de la lucha contra los ocupantes soviéticos. A pesar de las protestas por este texto, y la petición expresa de los gobiernos de Rusia e Israel para que impidieran el desfile de los excombatientes, el acto se celebró, y los manifestantes que se oponían fueron reprimidos duramente por la policía

² Alain Finkielkraut. Nahoum-Grappe, Veronique. *Vukovar, Sarajevo...La guerre en ex Yougoslavie*. Éditions Esprit. París, 1993. P.203-204.

letona. El ocho de mayo de 2005, coincidiendo con la celebración del final de la Segunda Guerra Mundial, se inauguró en la capital de Estonia, Tallin, un monumento en honor a las SS nazis. Volviendo a la guerra de Bosnia, fueron los cachorros del nacionalismo panserbio quienes volvieron a usurpar la categoría de víctimas para los victimarios, como alega Pascal Bruckner “la más mínima crítica, el menor reparo es elevado a la altura del crimen total: colosal exageración que destruye el alcance del término diluyéndolo al infinito. (...) para los émulos de Milosevic, ‘nazi’ es toda persona que se oponga a ellos y puede calificarse de ‘genocidio’ cualquier tipo de contrariedad que experimenten”.³

En el caso del estado de Israel, reclaman en solitario el derecho a la palabra genocidio para definir su persecución y exterminio por parte de la Alemania nazi. Como producto de su presión ante el gobierno de Estados Unidos los norteamericanos no reconocen el genocidio armenio. De nuevo Bruckner atina cuando desarma el artificio que hay detrás de la búsqueda de la exclusividad del título de víctima: “en vez de ser una catástrofe y una advertencia para la humanidad entera, el Genocidio se vuelve entonces, a través de un verdadero proceso de confiscación, una fuente de ventajas morales y políticas ilimitadas, una llave mágica que autoriza todos los abusos, absuelve de los peores extravíos”.⁴ Como he escrito en otro lugar: “ni el color de la piel ni la raza nos hace mejores, uno de los trucos más utilizados por los grupos de presión es el de insistir en la diferencia para lograr la preferencia. Si uno critica a un negro o a un gitano, aunque sea la peor persona del mundo, siempre habrá alguien que le llame racista, si lo hace con una mujer o con un nacionalista le tacharán de machista o centralista irredento. Si nos quejamos del fascismo latente en la política israelí está claro que le mentarán el holocausto, lo mismo que si denuncia Guantánamo le recordaran el 11-S. Al final uno tiene la impresión de

³ Bruckner, Pascal. *La tentación de la inocencia*. Anagrama. Barcelona, 2005. P.205.

⁴ *Ibidem*. P. 212.

que todas las víctimas, independientemente de su número y filiación, pertenecen a la clase de tropa”.⁵

Apoderarse del término Genocidio es también hacerse dueño de la desgracia máxima y declararse su único propietario, expulsando de ella a los demás hombres. Muchos judíos han querido utilizar el holocausto como una señal divina para que el pueblo de Israel regrese a la tierra prometida y, siguiendo a Jean Daniel, establecer una “mística de la persecución privilegiada” que niega al común de los hombres conmemorar un drama que atañe a la humanidad entera.⁶ La realidad es que la tragedia se convierte en una patente de corso que permite convertirse en victimarios a las víctimas de antaño y cobrarse un cheque en blanco en una especie de “banco del dolor” en el que muchas otras comunidades tienen cuantiosos fondos que por la confiscación del estado de Israel se quedan en nada. A eso añadimos que “Israel era odiado también porque, nación occidental, se presentaba bajo el camuflaje de un ultraje inmemorial y confiscaba a los pueblos antiguamente colonizados su discurso dolorista volviéndolo contra ellos. Acumulaba dos defectos irremediables: la arrogancia del Occidente imperialista y la usurpación del sufrimiento. Y los árabes no veían porque tenían que pagar por el pecado nazi cometido en Europa por unos europeos contra otros europeos”.⁷

El estrambote diabólico del Holocausto es que se ha convertido en una floreciente industria que no busca favorecer a los ancianos supervivientes de los campos de exterminio y el trabajo esclavo, o a los descendientes de los titulares de las cuentas anónimas en los bancos suizos, sino que intentan conseguir un ingente botín económico al servicio de los intereses del sionismo internacional, que con la coartada del horror nazi practica el expolio, la deportación y la muerte en el Líbano o en los territorios ocupados de Palestina. Resulta tremendamente provocadora la existencia en Estados Unidos de diversos museos dedicados al holocausto judío mientras se ignora

⁵ Figaredo, Rubén. “*Silencios y palabras*”. en el diario *La Nueva España*. Gijón, Asturias. 31-12-08. P. 2.

⁶ Daniel, Jean. *Le Nouvel Observateur*, París, 8 de julio de 1993

⁷ Bruckner, Pascal. *La tentación de la inocencia*. Anagrama. Barcelona, 2005. P.275-276.

olímpicamente cualquier restitución siquiera simbólica a los descendientes de los esclavos afro-americanos o a los primitivos pobladores nativos masacrados y recluidos en reservas, que aun esperan un gesto mínimamente proporcional a los daños sufridos. Otro aspecto adyacente es todo el aparato historiográfico desplegado en exclusiva para el estudio de la shoa judía, cientos de monografías, artículos, cátedras y masters se consagran al asunto en Estados Unidos, un país que, curiosamente, aun no ha respondido por los fondos judíos depositados en sus bancos o por su política de asilo a los judíos que huyeron de la matanza. Ha apoyado sin embargo una auténtica extorsión sometida por el lobby judío contra la Confederación Helvética, a pesar de su intención de auditar y cuantificar el importe de los fondos que quedaron sin dueño, o al hecho de que durante la guerra acogió a una cantidad de refugiados judíos, unos 20.000, que resulta en proporción a su población mucho más elevada que la de cualquier otro país. No se trata de romper ninguna lanza a favor de una banca, que, sin remontarse a los años centrales del S.XX, sigue siendo cómplice necesario para que todos los tiranos del mundo expolien a sus pueblos y pongan sus riquezas a buen recaudo, en las immaculadas y culposamente neutrales arcas suizas. Sin embargo parece que a nadie le importa esclarecer la verdad de las masacres que costaron la vida a millones de congoleños entre 1891 y 1911, durante la salvaje explotación colonial de sus riquezas de caucho y marfil. Tampoco el gran gendarme norteamericano movió un dedo para evitar el genocidio guatemalteco cometido contra la población maya en su patio trasero, ni tampoco puso objeción alguna a las masacres de sus aliados de Malasia entre la población civil de Timor Oriental.

Genocidios del Siglo XX

	Grupo afectado	Objetivos de la acción	Medios utilizados	Contexto interno	Contexto internacional	Número estimado de víctimas
Armenia. (1915)	Armenios católicos residentes en Turquía.	Erradicación total de una minoría nacional.	Separación por sexos y edades. Deportación penosa. Hambre. Ejecuciones. Enfermedades.	Política de homogenización nacionalista y religiosa.	Conflicto bélico internacional. Primera Guerra Mundial.	1.400.000 70% de la población.
Ucrania (1932- 1933)	Campeños Ucranianos.	Erradicación de segmento social.	Eliminación planificada por hambre.	Estado totalitario en proceso de proletarización social.	Indiferencia total de la comunidad internacional.	5.000.000 25% de la población.
Holocausto (1941-1945)	Judíos europeos.	Erradicación universal.	Deportación. Hambre. Enfermedades. Cámaras de gas. Fusilamiento.	Política racista de un estado totalitario.	Conflicto bélico internacional. Segunda Guerra Mundial.	5.200.000 50% de la población.
Camboya (1975-1979)	Eliminación total de distintos segmentos sociales.	Sumisión de la población. Homogenización social.	Deportación. Hambre. Enfermedades. Ejecuciones.	Estado totalitario en proceso de proletarización social.	Indiferencia total de la comunidad internacional.	1.800.000 40% de la población.
Ruanda (1994)	Etnia Tutsi.	Erradicación total de una minoría racial.	Ejecuciones. Violaciones masivas planificadas. Contagio del S.I.D.A.	Política de redefinición étnica nacional.	Indecisión y parálisis de la comunidad internacional.	800.000 70% de la población.
Bosnia y Croacia. (1992-1995)	Conflicto nacional y religioso: musulmanes bosnios y pobladores croatas	Erradicación parcial de una minoría religiosa y nacional. (Limpieza Étnica)	Deportaciones. Ejecuciones.	Política de homogenización nacionalista y religiosa.	Indecisión y parálisis de la comunidad internacional. Incompetencia de los Cascos Azules holandeses	100.000 a 120.000. 6% de la Población.

De nuevo comprobamos que hay muertos de primera, segunda y tercera, con el agravante de que los primeros se ponen como ejemplo de todas las víctimas, y medida patrón de la maldad absoluta, con la idea de que castigar la mala

conciencia colectiva con los crímenes del pasado nos exonera de preocuparnos de los de hoy o los de mañana. Y tampoco es que los norteamericanos se molesten demasiado en disimular, cuando la ex Secretaria de Estado Madeleine Albright fue preguntada por una televisión nacional por la gran cantidad de civiles iraquíes muertos durante las sanciones internacionales al régimen de Saddam Hussein contestó lacónicamente que “el precio merece la pena”.⁸

Parece ser que resulta menos costoso seguir penando por los muertos de hace décadas que intentar salvar a los millones de niños que mueren en el mundo de enfermedades que podrían haberse evitado. Como dice Peter Novick “el carácter extremo del Holocausto limita mucho su capacidad para proporcionar lecciones aplicables a nuestro mundo cotidiano, hito de la opresión y de la atrocidad, tiende a trivializar los crímenes de menor magnitud”.⁹

Fuentes documentales sobre el genocidio armenio

Los documentos más fiables y objetivos son las fuentes extranjeras, las voces de diplomáticos, médicos y profesionales, que en aquella época prestaban algún tipo de servicio a la comunidad o a sus países de origen. Uno de los primeros testimonios que da fe del clima anti-armenio existente durante el gobierno del Sultán Hamid es el del embajador de Francia en Constantinopla, Monsieur Cambon, quien envió a París en 1894 un informe titulado Exposición histórica de la cuestión armenia, uno de cuyos fragmentos recoge Bruneteau: “Poco a poco los turcos se han hecho odiosos...y como si no les bastara con provocar ese descontento, se han dedicado a agudizarlo, calificando a los descontentos como revolucionarios y a las protestas como complots. A fuerza de decir que los armenios conspiraban, los armenios han terminado por conspirar; a fuerza de decir que Armenia no existía los armenios han terminado creyendo en la realidad de su existencia...Con su rigor, la Puerta ha consagrado un movimiento que tiene ya sus mártires; con su empeñamiento en mantener en Armenia un verdadero régimen de terror, arrestos, asesinatos,

⁸ Finkelstein, Norman G. *La Industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*. Siglo Veintiuno de España Editores. Madrid, 2002. P. 160.

⁹ *Ibidem*.

violaciones, etc., parece disfrutar precipitando los acontecimientos...Con sus exacciones, las autoridades terminarán por exasperar a una población inofensiva”.¹⁰

La multitud de informes como este, que fueron remitidos a sus gobiernos y a la opinión pública por todo tipo de observadores neutros de países como Suíza, Estados Unidos, Suecia, Dinamarca, Alemania y Austria, fueron resumidos por James Bryce en una antología de grueso volumen titulada *Livre bleue du gouvernement britannique concernant le traitement des Armeniens dans l'empire ottoman*, en la que colaboró un entonces desconocido historiador de Oxford llamado Arnold Toynbee que no dudó en calificarlo como “un abominable pedazo de historia”. Si a esto añadimos el Informe Secreto del Morgenthau y el testimonio del periodista alemán Harry Stuermer titulado “Dos años en Constantinopla”, contamos con una cantidad ingente de material probatorio proporcionado por testigos directos e independientes de cualquiera de los dos grupos enfrentados.¹¹ No podemos olvidar la definición de guerra, que es una confrontación entre oponentes que disponen de medios para infligirse daño mutuamente, sean o no desiguales.

Otra fuente, en este caso literaria es la novela de Franz Werfel *Los cuarenta días de Musa Dagh*, que narra la heroica resistencia de 4.000 hombres que resistieron en Cilicia el asedio de un ejército muy superior en número hasta que fueron rescatados por una escuadra de la marina francesa. La universalización de la acción punitiva se ejemplifica en alguna de las conversaciones que tuvo el embajador yankee Morgenthau con el ministro del interior turco Talat, auténtico brazo político de la hecatombe que llegaría a responder a los requerimientos humanitarios del diplomático con declaraciones de intenciones como esta: “Nos han reprochado que no hayamos hecho ninguna distinción entre los armenios inocentes y los culpables; pero esto no era posible, porque los que son inocentes hoy podrían ser culpables mañana”.¹²

El testimonio del mercenario venezolano Rafael de Nogales es otra de las fuentes primarias para conocer la realidad histórica del genocidio armenio. En

¹⁰ Bruneteau, Bernard. *El siglo de los genocidios. Violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*. Alianza, Barcelona, 2004. P.62.

¹¹ *Ibidem*, p. 66.

¹² *Ibidem*, p. 76.

su libro *Cuatro años bajo la media luna* cuenta sus experiencias en primera persona, como soldado de fortuna y oficial del ejército otomano. Tras convertirse al Islam Nogales llegaría a obtener el título de Bey y también fue condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase que le entregó el káiser Guillermo I. En su favor cabe decir que durante el sitio de Van pidió ser relevado de su puesto, disconforme con la masacre que estaba presenciando y sobre la que escribió lo que sigue:

“Había sido sentenciado a morir por el veneno, el cuchillo o las balas. Sabía demasiado. Había tenido la desgracia de ser el único cristiano, entre los sesenta mil turcos que habían aplastado la revolución de Armenia. Había presenciado escenas de las que ningún cristiano debía ser testigo, para ostentar el privilegio de vivir y contarlas más tarde... quienes habían cometido esos horrendos crímenes se daban cuenta de que si yo llegaba con vida a Constantinopla y divulgaba las informaciones que poseía, se verían en grandes dificultades para justificar su conducta”.¹³

Imágenes y dolor

“El tiempo en el que había ‘una carga moral en cada travelling’ ya pasó a la historia. Jean-Luc Godard

En las democracias occidentales, donde la libertad de información es un valor protegido por la ley y las costumbres, la exhibición repetitiva de las desgracias de los demás en periódicos televisiones va volviendo estas desgracias poco a poco invisibles.¹⁴ La pregunta es cómo hacer un arte que conmueva ante la proliferación de víctimas, reales o impostadas, y la fatiga de los códigos que tienen que mover nuestra sensibilidad, porque “ya no es verdad que una imagen pueda fulminar un ejército, hacer vacilar una dictadura, derrocar un régimen totalitario, y es inútil reclamar más fotos, más películas puesto que su profusión no hace más que estimular nuestra tolerancia a lo intolerable”.¹⁵

¹³ Nogales, Rafael de. *Cuatro años bajo la media luna*. Lit. y Tip. Casa de Especialidades. Caracas, 1936.

P. 121.

¹⁴ Bruckner, Pascal. *La tentación de la inocencia*. Anagrama. Barcelona, 2005. P.233.

¹⁵ *Ibidem*. P.238.

Atom Egoyan sorteja cualquier intento de explotar la sensiblería de un público ansioso de tragedia, negándose a alimentar el morbo del voyeur de penalidades ajenas, sabe que la simple compasión es un sentimiento que nos impide una aproximación más ‘política’: “mientras sigan siendo unos desgraciados, se los compadece; a la que se rebelan o protestan, se los teme, se los odia. El ‘reality-show’ se convierte en el único principio de explicación del mundo: sus infortunios me interesan. No queremos ser informados, sólo conmovidos”.¹⁶ Egoyan es un cineasta que fabrica películas como laberintos, en las que las emociones son sometidas a los más altos grados de tensión. Como un holograma o los espejos de una feria, los puntos de vista se multiplican de tal manera que podríamos catalogar sus cintas dentro del género de acción, sólo que ello no se debe a las persecuciones o las explosiones en cadena sino a los bruscos envites emocionales que sufren sus personajes, siempre en los linderos entre el bien y el mal, en una relatividad cambiante que hace que el espectador sea una pieza esencial al proponer su propia lectura, sus visiones paralelas que a veces colisionan gracias a la pericia de un cineasta que hace avanzar sus películas en diagonal, despreciando cualquier perspectiva axial y enfocada que defina de una forma cerrada a sus personajes. Ese laberinto de ausencias y desgarros podría ser un trasunto de su propia vida personal, entre el desarraigo y la búsqueda de identidad. En Ararat el laberinto se transforma en una matroska, en una caja china en la que se envuelve una película con otra película como en “La noche americana” de Truffaut. Quiere el autor con ello enriquecer unas posibilidades de interpretación ya de por sí múltiples, incorporando a lo mostrado como una posible acción principal la visión del proceso mediante el cual se hizo posible, informándonos de todas sus dudas, vacilaciones y replanteos, como si nos quisiera poner aun más difícil el establecimiento de una conclusión clara, y nos quisiera demostrar lo fácil que es travestir la verdad.

El primer momento en el que queda de manifiesto que Egoyan no sólo nos quiere contar una historia, sino el proceso que conduce a que una narración se dirija en cierta dirección, es cuando los protagonistas deciden incorporar sobre la marcha el personaje de Ashile Gorky de una forma totalmente improvisada.

¹⁶ *Ibidem*. P.265.

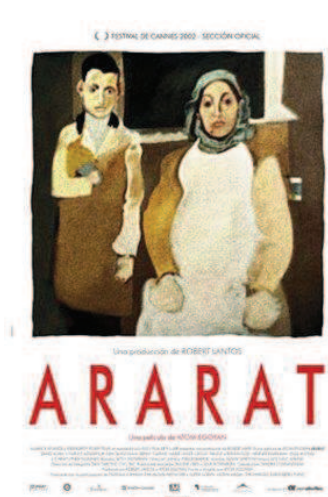
Otro conflicto interesante, de los muchos que plantea la película, se produce en un momento puntual en el que se manifiesta la disyuntiva entre la exactitud geográfica y la estética narrativa fílmica, y es cuando la historiadora que se encarga de asesorar en torno a la verosimilitud de la cinta, arguye que desde el pueblo de Van es imposible ver el monte Ararat. En este momento la montaña-tótem de los armenios, usurpado por la rapiña turca, traspasa la realidad con la potencia del símbolo que es. De hecho, en la actualidad, cuando en días de extraordinaria luminosidad el Ararat se puede atisbar desde la capital armenia, Erevan, su simple visión supone una gran euforia para sus habitantes, afectados por un efecto óptico que vuelve a hacer suya, siquiera visualmente, la montaña sagrada de sus antepasados. ¿Y qué es el cine sino una sucesión de artificios ópticos destinados a recrear una ilusión en nuestras mentes?

En este caso Egoyan realiza el trabajo de convertir los símbolos internos de su nación de origen en imágenes visibles que actúen como resortes de las emociones.

Hay otro momento en la película en el que se demuestra lo cínica que puede resultar la dirección de actores, otro de los trucos intra-muros del arte cinematográfico. Este es el momento en el que el director, encarnado por Charles Aznavour, le encarga a su ayudante Raffi que le compre una botella champán al actor protagonista, de origen turco, después de que este hubiera puesto en duda el genocidio armenio, para así reforzar su interpretación como cruel brazo ejecutor de los civiles armenios. Este momento nos podría evocar lejanamente el “tratamiento” próximo al paroxismo al que fue sometido Martín Sheen por Francis Ford Coppola durante el rodaje de “Apocalypse Now”, manipulándole a base de tóxicos y aislamiento de tal forma que casi le cuesta la vida, aunque también ello se tradujo en el que quizás es el mejor papel de su carrera.

En el interrogatorio y la conversación entre Raffi (David Alpay) y el funcionario aduanero David (Christopher Plummer), descubrimos como cada pregunta que le hacemos al otro es en realidad una pregunta que nos hacemos a nosotros mismos, en nuestra desesperada búsqueda de un espejo en el que poder mirarnos sin bajar la vista.

Todas las historias que se entrecruzan son una representación de los velos que nos ponemos para no dejar que se perciban fácilmente nuestras realidades personales: el rodaje de una película sobre el genocidio armenio, la difícil relación de una profesora de Arte con su hijo y su hijastra; la historia que se esconde tras un cuadro de un pintor armenio cuya madre murió de hambre; y el rechazo de un policía hacia su hijo homosexual, son sólo algunas de sus líneas argumentales. Su objetivo es claro: demostrar como el pasado influye en las obsesiones y los problemas del presente. Interesante es también la conclusión que se extrae después de ver el filme: la importancia que tiene el Arte a la hora de reflejar y difundir un hecho histórico. Ararat entrelaza las historias de estas dos familias, con conflictos interiores sin resolver. Raffi, de origen armenio, lucha con el recuerdo de su padre, el pintor Arshile Gorky, y con las reacciones opuestas que dicho recuerdo suscita en su madre, Ani, obsesionada por un pasado que niega, y en su hermanastra, Celia, que culpa a Ani por la muerte de su padre. Por otro lado, David (funcionario de aduanas) intenta entender y aceptar la relación que su hijo Philip tiene con, Alí, un actor de origen turco, al tiempo que intenta establecer una sólida relación con su nieto, Tony, el hijo de Philip.



Las secuencias de la película sobre el genocidio que rueda Aznavour parecen un puro decorado de cartón piedra y sus momentos dramáticos pierden fuerza ya que el espectador los contempla liberado del pacto de ficción que le comprometería si la cinta fuera un simple espectáculo cinematográfico: al

excluir todo el imaginario del medio, del mismo tiempo y espacio que aparece en toda reverberación histórica de hechos reales.

Para mí la conclusión es que cualquier hecho no resuelto, por lejano que sea, es siempre algo presente, y es quizás es por ello que Egoyan no lo quiso entregar a la fantasmagoría de una película convencional, sino que usó el medio cinematográfico como una forma para reflexionar, o mejor dicho, para pensar en voz alta acerca del desarraigo, la brutalidad humana y la facilidad con la que se falsea la memoria. Por el riesgo por el que “la compasión se transforma en una variante del desprecio a partir del momento en que por sí sola conforma nuestra relación con los demás excluyendo otros sentimientos como el respeto, la admiración o la alegría. Resulta más fácil simpatizar en abstracto con gente infeliz – forma elegante de apartarlos -, puesto que simpatizar con la gente feliz requiere una disposición de ánimo más abierta, ya que nos obliga a luchar contra el obstáculo que representa la envidia”.¹⁷

El arte de recordar

Si algo pretende Egoyan con su trabajo es convertir lo pasado en contemporáneo. Cuando las percepciones globales se debilitan por el desinterés o el olvido, el sujeto tiende a diluir su responsabilidad con la comunidad y como consecuencia su sentido solidario se resiente. Una memoria que no se reavive por la rememoración tiende a apagarse, y por ello es tan buena noticia que el arte, como afianzador supremo de los rasgos humanos que nos diferencian de los primates, se haya puesto al servicio de la memoria, sin embellecerla ni convertirla en doctrina, dejando al espectador la función de crear su propia experiencia. Este mosaico heterogéneo es capaz de unirse en un discurso, o mejor dicho en un conjunto de discursos paralelos, llenos de lucidez, sobre un pasado que si no se revisa suele retornar convertido en pesadilla. Sólo podemos olvidar aquello que hemos aprendido previamente. Los recordatorios y las agendas son siempre una consecuencia de la falta de memoria y es necesario organizar los materiales del pasado para pasar página. En ocasiones el cine se convierte en algo aún más real que los hechos

¹⁷ *Ibidem*. P.269.

desnudos, porque estos hechos siempre son moldeados y pintados con nuestros propios colores. Es más fácil creer lo imaginario porque nos acercamos a ello con el conocimiento de que es mentira, disolviendo todas nuestras cautelas racionales. Es por eso que tantas veces asimilamos las películas históricas que vemos como la pura realidad, olvidando todas las mediaciones y retoques que se aplican a unos hechos ya de por sí sujetos a verificación. La película de Egoyan logra convertir los flecos deslavazados de sus tramas en un producto estético, que restablece una conciencia moral sobre unos hechos que nos exigen una reparación simbólica como la que propone el artista. Como manifiesta Egoyan: “Lo que me fascina del hecho de contar historias integrando el uso real de aparatos de registro (fotografía, cine, video etc.) es que el espectador tiene la posibilidad de ser el testigo de las impulsiones reales y de las decisiones de los principales personajes en el momento en que se introducen en un proceso en el que el realizador mismo se encuentra implicado. De este modo el público puede tener acceso a todo el espacio, extremadamente complejo, que se despliega entre el objetivo y el alma del personaje. Mientras que el espectador mira las imágenes proyectadas de una película, ve también imágenes que le muestran cómo los personajes que está mirando proyectan esas mismas imágenes sobre ellos, así como lo que revelan de sí mismos en ese proceso. (...) Disociado de su origen, la identidad nacional puede volverse artificial y perder todo significado. ¿Dónde buscar el origen de un fenómeno tan profundo y complejo?”.¹⁸

Cuando recuperamos una cosa normalmente perdemos otra. La identidad propia es el lugar al que siempre se puede volver. Todo nacionalismo es por definición contrario a la civilización, pero las raíces sin el abono de la civilizador no son más que malas hierbas, y si no pensemos en la pureza doctrinal de los talibanes totalmente contraria a los derechos humanos. El nacionalismo es endogámico y autosuficiente y crea cuerpos sociales sin defensas autoinmunes. Armenia ha participado en un prolongado conflicto étnico-territorial con Azerbaiyán, un Estado turco que se independizó en 1991 después de la caída de la Unión Soviética. Este conflicto tiene la presencia de varios elementos como pogroms, matanzas y limpieza étnica, por ambos

¹⁸ “Calendar”. “Der Regisseur über seinen Film”. *Positif*. Diciembre 1994.

bandos. Algunos observadores internacionales e historiadores, han sugerido que Armenia y la diáspora armenia han tratado de efectuar cambios a políticos en el conflicto del Cáucaso, por lo que sugieren que este conflicto moderno es una continuación del genocidio armenio. De acuerdo con Thomas Ambrosio, el genocidio armenio proporciona "una reserva de simpatía pública y de legitimidad moral que se traduce en una significativa influencia política... con la finalidad de obtener el apoyo del Congreso para las políticas anti-azeríes." Ambrosio señala que, mientras los armenios lleguen a controlar más de 10% del territorio de Azerbaiyán en el conflicto, gran parte de la retórica del mundo occidental "desviará cargos de irredentismo y culparán por el conflicto de Nagorno-Karabaj a los azeríes".

La cruda realidad es que el genocidio armenio no es reconocido como tal por sus propios responsables, el estado turco, que no ha dudado en contraatacar utilizando a historiadores mercenarios que han intentado reescribir la historia al gusto otomano. Uno de estos intoxicadores a sueldo es el británico Bernard Lewis, un acérrimo y montaraz defensor del islam que no duda en sacrificar la veracidad histórica como consecuencia de su turcofilia. En su libro colectivo *Oriente próximo: dos mil años de historia*, cuestiona la propia existencia del genocidio armenio, achacándolo a determinados excesos puntuales agudizados por el estado de guerra y los rudimentarios medios de la época para el transporte de prisioneros. Para él, el genocidio es tan sólo la versión armenia de una historia que en su opinión no es otra cosa que la colisión violenta de dos nacionalismos enfrentados. Tras sucesivas entrevistas aparecidas en el diario *Le Monde*, en 1993 y 1994, Lewis fue denunciado por el Fórum de Asociaciones Armenias en Francia y a pesar de que la ley francesa tan sólo castiga la negación del genocidio judío, fue condenado a pagar la cantidad simbólica de un franco tras un juicio civil. Esta pena, ridícula en lo económico pero en gran medida ejemplarizante fue razonada en virtud de su falta de "objetividad y prudencia, expresándose sin matices en un tema tan sensible como este".¹⁹

¹⁹ Bruneteau, Bernard. *El siglo de los genocidios. Violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*. Alianza, Barcelona, 2004. P.85.

Tampoco reconocen la masacre países tan influyentes como Estados Unidos, Israel, Alemania o Inglaterra.

Con respecto a “Ararat”, la nutrida asociación de turca en Estados Unidos, formada por más de 300.000 miembros, llegó a presionar a Atom Egoyan para que retocara el guión y retirara la expresión de “genocidio armenio” que ellos consideraban ofensiva para el pueblo turco. El grupo ultraderechista turco “Lobos Grises”, organización a la que perteneció el turco Mehmet Ali Ağca, conocido como autor del atentado contra Juan Pablo II, amenazó en Buenos Aires a los distribuidores de la película si llegaban a exhibirla. El intento de reconocimiento de la masacre por parte de Estados Unidos fue detenido por la presión del mismísimo presidente israelí Shimon Peres que pretende para la shoa, la exclusividad del genocidio.

Otras incursiones cinematográficas en torno al genocidio armenio

La industria del cine se ocupó en otras ocasiones de la trágica historia armenia, la primera de ellas fue Ravished Armenia, una producción de Hollywood de 1919. Los directores italianos Paolo y Vittorio Taviani filmaron en 2007 La Masseria delle Allodole, una película de basada en el libro homónimo de Antonia Arslan sobre el genocidio y las peripecias del exilio. También hay referencias al conflicto en América, América de Elia Kazan, o en Mayrig de Henri Verneuil.



El propio Atom Egoyan reflexiona en torno a estas otras películas y a su propia obra en una entrevista concedida a Jack Boghossian con motivo de la quinta

edición del Golden Apricot Internacional Film Festival que se celebra anualmente en Armenia y del que Egoyan es colaborador:

- Su película Ararat forma parte de la escasa lista de películas que tratan el tema del Genocidio Armenio. Ya sea, la diáspora con mayor libertad o la República de Armenia a partir de la década de los 60s trataron el tema con bastante mesura en cuanto a la cantidad.

- Es cierto que no existe una gran cantidad de películas sobre el Genocidio Armenio. Todo parecía comenzar en el momento adecuado cuando, en 1919, se filmó Subasta de almas (Ravished Armenia/ Auction of Souls) sobre la vida de Aurora Mardiganian, con ella misma como protagonista. Fue realmente un riesgo peligroso en tiempo y espacio. Hacerlo significó un ejemplo de valentía y patriotismo arriesgando lo que no se sabía. Lamentablemente esa película, que hubiera abierto el tema sin pausa hasta hoy, padeció persecuciones y catástrofes hasta casi hacerla desaparecer. Lo que pasó después no fue sino la consecuencia de la mala suerte de esa película de la que se conserva muy poco. Aurora es un tema que me persigue en la cabeza desde hace tiempo y algún día me gustaría darle forma, me parece apasionante. Creo que la escasa producción de filmes sobre el tema tiene que ver con la fuerza que adquirió el negacionismo turco que cobró tanto poder que de alguna manera negó, además, la posibilidad de filmar sobre el tema. La presión turca aniquiló cualquier intento, impidió que la MGM filmara Los 40 Días de Musa Daga y muchos otros ejemplos de proyectos que no pudieron llevarse a cabo. También Ararat tuvo impedimentos, muchas objeciones para filmarla.

- ¿Cuál fue el origen de Ararat? Se rumoreaba la posibilidad de hacerla novela, obra de teatro y finalmente fue un filme....

- En realidad me hubiese gustado que fuera una novela, esa fue mi idea original. Pero la verdad es que tuve que apurarme, el dinero de la producción ya estaba y no podía perder el tiempo. Pensaba que desde la novela, la historia se podría digerir mejor y así clarificaría la historia de Ararat. Sin embargo se transformó en cine. Hubo muchas cosas alrededor del filme, tomaría más de una visión para analizarla. Fue un intento complejo que afortunadamente se materializó muy bien. De todos modos estamos en la era del DVD y todo el

mundo puede verla en cualquier momento. La idea de la novela me gustaba pero de todas maneras la película fue más exitosa de lo que pudimos haber esperado. La vendimos a 30 países, fue un éxito, esto nos puso muy contentos, es maravilloso si lo comparamos con lo que desafortunadamente está ocurriendo con la película de los Taviani, donde trabaja mi mujer. Una gran superproducción que no tuvo distribución comercial. En muchos lugares del mundo se dio pero no tuvo distribución lo que definitivamente le quita la vida al producto. Se debería entender que la distribución o el trabajo de las distribuidoras es esencial para darle vida, sello y calidad a la película. En este caso se agrava si tenemos en cuenta su costo, su elenco, sus directores en fin...O sea cuando una película no tiene distribución es un producto sin vida.

- Para el pueblo armenio el Genocidio es un tema lógicamente recurrente, esto por un lado coarta la posibilidad de otro tipo de géneros y al mismo tiempo bloquea la creatividad del tema. Generalmente las películas sobre genocidio tienen la misma estructura documental. La Casa de las Alondras, fue, creo la única que narra la historia in situ. ¿Le gustaría volver al tema del genocidio?

- Seguro que sí, me encantaría. El año pasado escribí una obra de teatro a partir de algo que podría ser una meditación de la esencia de Ararat y me gustaría explorarla para llevarla al cine. Es una obra de teatro. En realidad creo que con Ararat dije todo lo que quería decir, creo que fue un trabajo redondo. No creo que me haya quedado nada por decir.

Una aproximación biográfica a Atom Egoyan

Atom Egoyan nació el 19 de julio de 1960 en El Cairo. Su familia tuvo la original idea de llamarle Atom (“átomo”) para celebrar la llegada a Egipto de la modernidad energética. A los tres años, sus padres, hijos de refugiados armenios, tuvieron que emigrar a Victoria (Canada) a causa de la persecución que el gobierno de Nasser emprendió sobre los armenios en Egipto. Esta situación de desarraigo le marcó muy profundamente. Su formación académica es totalmente occidental en un estado como la Columbia Británica donde los emigrantes armenios eran muy escasos. Esto le acarrea algunas molestias como el hecho de que sus profesores le llamaran “el pequeño árabe”, por esta y otras razones dejó de hablar armenio a los cinco años incluso en su propia

casa. A los 18 años, cuando abandono su casa para estudiar Relaciones Internacionales en la cosmopolita Universidad de Toronto se reencontró con sus raíces armenias: “Aprendi que se puede usar tu propia nacionalidad como excusa. Puedes representar un papel. Yo exagere mi armenianismo. Lo utilice para fabricarme una identidad. Lo utilice para disimular mi inseguridad.”²⁰

Durante sus años universitarios, Egoyan se convirtió en alguien muy popular entre los estudiantes: escribió obras de teatro y crítica de cine, participó en pequeñas películas, y aprendió a tocar la guitarra. En 1984, con sólo 24 años, realizo su primer largometraje, *Next of Kin*, convirtiéndose en el director más joven nominado para un “Genie” –los “Oscar” de la industria cinematográfica canadiense. En esta película se narra una trama de suplantación de la personalidad, a través del engaño, en ella por primera vez trasmite fílmicamente un conflicto relacionado con la identidad, como un trasunto de sus propios problemas vitales.

²⁰ Weinrichter, A.: Emociones formales: El cine de Atom Egoyan (1995)